Marina Estinel

Marina Estinel

La interpretación y la unidad de las naciones

Marina Estinel, nació en Buenos Aires, es intérprete simultánea del Servicio de Interpretación de las Naciones Unidas desde el año 1972, primero en Nueva York y después en Ginebra, ciudad en la que actualmente reside. Obtuvo un Doctorado en Literatura en la Universidad de Columbia en Estados Unidos.

¿En qué consiste, desde su punto de vista, la diferencia entre la traducción y la interpretación?

Creo que la diferencia fundamental pasa por la forma de enfocar el texto. Un delegado me dijo una vez, mientras charlábamos en un receso: "¿No se cansa de repetir todo lo que decimos?". Ese es el punto. El traductor lee el texto -y eso me lo ha dicho muchas veces mi marido, que es también intérprete- con mucho más tiempo y detenimiento que el intérprete. A diferencia del traductor, el intérprete tiene que preparar el texto muy rápidamente, a veces en sólo cinco minutos. Su lectura, por tanto, es muy diferente: debe hacerlo diagonalmente, bajo presión, tratando de captar el sentido general del texto en muy poco tiempo, como si estuviera en la televisión. Un colega de las Naciones Unidas, que fue mi entrenador en Nueva York, me advirtió cuando recién empezaba: "Querida, no se gaste en leer todo el texto. Lea el primer párrafo y el último: el primero porque siempre es bueno quedar bien desde el principio y el último porque uno nunca sabe qué sorpresa puede llegar a contener. Lo importante es no hacer un papelón y salir, como el bailarín, bien parado".

¿Cómo es la tarea del intérprete en las Naciones Unidas?

La interpretación, tal como se practica actualmente en las Naciones Unidas, es muy distinta de la interpretación como se practica en el mercado privado o en la Argentina. Muchos de ustedes suelen trabajar con dos idiomas: del español al inglés, del inglés al español. Allá, en cambio, hay seis cabinas de idiomas: inglés, francés, ruso, español, árabe y chino. Cada intérprete trabaja con su lengua materna, esto es, con cuatro idiomas de partida y uno de llegada. Trabajar de otro modo se vuelve casi imposible.

Los intérpretes cubrimos una variedad de temas impresionantes: pasamos del derecho internacional a las armas biológicas, de los seguros marítimos al acero y el gas natural. Hay un programa semanal en virtud del cual a cada intérprete se le asignan, por reglamento, hasta un máximo de siete reuniones por semana. Esta regla no existe en el mercado privado, donde el tiempo es oro y cada cual quiere sacarle el mayor provecho posible. Antes podíamos tener hasta once o doce reuniones semanales, dentro de cualquier horario y sin previo aviso.

¿En las Naciones Unidas se hace interpretación simultánea, consecutiva o ambas cosas?

Actualmente se hace exclusivamente interpretación simultánea. En 1972, cuando yo entré a trabajar en Naciones Unidas, ya casi no se hacía otra cosa, excepto en el Consejo de Seguridad, donde todavía se hacía interpretación consecutiva. Pero la práctica fue abandonada rápidamente y sólo se conserva en encuentros bilaterales, en el ámbito de jefes de Estado. En las Naciones Unidas, sólo se hace interpretación consecutiva fuera de la sede, en relación con una figura muy nueva: los llamados "relatores especiales" de la Comisión de Derechos Humanos.

¿Por qué dice usted que la interpretación es una técnica y un arte?

La interpretación es una técnica en la medida en que supone el dominio de una serie de conocimientos. Hablar, escuchar, volver a hablar: todo eso es muy contra la naturaleza. Es una técnica que hay que aprender, que no es fácil de adquirir y para la cual se necesitan ciertos dones. Hace falta tener reacciones muy rápidas, pero también una cultura general que permita entender lo que se dice sobre un sin fin de temas, captar todo en un contexto y transmitirlo al público. El intérprete reemplaza al orador en el oído del que escucha. Aquí es donde entra el arte. Porque ya se trate de una reunión de derecho internacional, ya de un debate apasionado sobre derechos humanos, el intérprete debe poder reproducir no sólo las palabras, sino también el tono y el lenguaje corporal con el que han sido dichas. En fin, el intérprete también debe ser un poco actor.

¿Qué formación requiere un intérprete simultáneo?

La respuesta es muy simple: conocimientos de idiomas, una cultura general y reflejos rápidos. Hay que tener una sólida preparación técnica, aunque no necesariamente como traductor. El resto pasa por el dominio de la lengua de llegada.

¿No hay que saber hablar correctamente las lenguas a partir de las que se interpreta?

No, en absoluto. Para interpretar a partir de un idioma, no hay por qué saber hablarlo. La clave es captar al vuelo lo que se dice. Un colega nuestro, que se jubiló a los sesenta años como jefe de la cabina de inglés, interpretaba de modo impecable a partir del ruso sin haber nunca aprendido a hablarlo. Era un intérprete fuera de serie, probablemente el mejor que he conocido.